



todas esas chicas que volvéis tarde a casa:

No voy a dejaros en paz. Pienso seguiros cada madrugada, agarrando vuestro cuello, como una pegatina en vuestra espalda, como una cuerda en vuestras piernas. Para que no podáis moverlas tan rápido como os gustaría, para que el verbo “correr” no os sirva de nada. Conozco los trucos que os habéis inventado y que os contáis unas a otras. Llevar las llaves entre los dedos a modo de puño americano, enganchándolas tan fuerte que os las claváis. Fingir llamadas que os mantienen hablando solas o despertar de verdad a alguien en mitad de la noche para que os de conversación. Y seguridad. Falsa seguridad. Entrar a paso lento en del portal, calculando los ángulos muertos de la luz, al acecho del enemigo. Esperar a las seis de la mañana para que por las calles empiece a haber también madrugadores yendo a trabajar. Buscar el camino que más farolas tenga, pasar cerca de los portales por si fuera necesario tocar cualquier timbre, alejaros de los parkings, de las carreteras, de los parques, de los arbustos, de todo lo que hace sombra. Daros la vuelta cinco veces por minuto. Girar la cabeza como si eso activara ultrasonidos o un sexto sentido contra el peligro. Pero nada de eso os salvará de mí.

Soy el miedo que todas tan bien conocéis. Soy el pánico que todas lleváis dentro cuando volvéis a casa de fiesta. Os manifestáis contra mí, pero no es suficiente para extinguirme. Porque lo cierto es que existiré mientras haya hombres capaces de sujetaros las muñecas hasta dejaros moratones, para poder subiros la falda o bajaros los vaqueros y violaros. Bueno, quizá no tanto como violaros. Si os portáis bien, sólo abusarán de vosotras en un ambiente de jolgorio. Puede que hasta lo graben, con vuestro móvil no, claro, porque el teléfono os lo suelen quitar antes que la dignidad. Cómo vais a acabar conmigo, chicas, con el miedo, si estáis desprotegidas. Solas ya sé que no. Hay miles de buenas personas que os apoyan, que creen a las mujeres agredidas y gritan por ellas. Hay también taxistas que se

quedan vigilando que entréis sanas y salvas al portal. Hay agentes de seguridad en el metro y en el tren que os miran con ojos de padre y velan por vosotras. Pero no es suficiente. Yo tengo de mi parte a la justicia, a los que dictan sentencia, a los que ven vuestras fotos en Instagram y se sienten legitimados a tocaros, a los dueños de discotecas que no os cobran por entrar, que os utilizan de reclamo, que os venden a cambio de una entrada a una pista de baile llena de manos fáciles. Soy el terror a que os hagan algo en contra de vuestra voluntad, a que os quiten vuestra voluntad. A que vuestro “no” se silencie. Soy un terror que se hace cada vez más grande.

Quizá algún día las cosas cambien. Tal vez en algún momento seáis por fin dueñas del asfalto, libres de ser y estar. Pero hasta entonces, seguiréis esperando nerviosas el WhatsAap de vuestras amigas avisando de que han llegado bien a casa. Ánimo valientes.

Atentamente,

El miedo en femenino